

TIRANO BANDERAS.—Novela por don Ramón del Valle-Inclán.

UNA última impresión, colorista y pictórica, nos queda al acabar la lectura de esta novela «de tierra caliente», *Tirano Banderas*. La naturaleza de pintor que se funde y mezcla a la naturaleza literaria de Valle-Inclán, adquiere a lo largo de su obra extraordinario relieve. Yo me imagino perfectamente cómo pintaría Valle-Inclán, si fuese pintor, así como supongo cómo escribirían algunos, no muchos, pintores si fuesen literatos. Tal duplicidad de facultades, reflejadas en la obra de arte, han de redundar, forzosamente, muy en bien o muy en mal de ella. En literatura, depende de la elasticidad del género a que se aplique. Los casos negativos se producen cuando lo pictórico se filtra en géneros poco descriptivos, poco retinianamente descriptivos, como, por ejemplo, la poesía lírica. A la poesía lírica no le va. En cambio, en la que los retóricos siguen llamando poesía épica—¿y por qué no la han de seguir llamando, si se llama así? ¿Verdad?—, le viene adecuado y sobradas veces indispensable.

Nuestras epopeyas de la conquista americana, nuestro romancero, nuestro *Quijote* mismo—la novela deriva clásicamente de la epopeya—, tienen, poseen un bondo sentido pictórico. Añadamos: la picaresca no representa otra cosa que lo pintoresco, en su doble faz consuetudinaria y visual.

✱

Pero modernamente, la novela se separó demasiado de su cauce histórico y se autonomizó como organismo aparte. Llegaron los tiempos de la psicología, de las ciencias positivas y

del estertor romántico. La estructuración psicológica se apuró tanto en la novela, que hubieron de desecharse, por estorbantes, los colores, las luces, y todos los afeites de la cromia. Primero los realistas, y los naturalistas después, de lo único que se preocuparon fué de hacer del idioma un instrumento preciso para el análisis. La psicología abarcaba entonces por entero el repertorio fundamental y formal de la novela. No son coloristas. No son coloristas ni Flaubert ni Dostoiewsky. A lo más que acceden en las manipulaciones de sus «cocinas», es al empleo del agua-fuerte. Tal aparece, evidentemente, el colosal y proteico Fiodor.

Y tal también... Tal también, estos últimos liquidadores franceses — los siempre inimitables imitados — del naturalismo, que desde Proust se esparcen en las fortuitas y disímiles orientaciones de actualidad. ¿Aludo a Morand? Sí, aludo a Morand, con su naturalismo romanticoide, neutro y varietinesco. ¿Aludo a Giraudoux? Sí, también aludo a Giraudoux, con su bravo humor de colorado de intelectual imaginativo. Y además... aludo a todos. A todos los retalistas de la gran liquidación del naturalismo, quienes — generalmente, desde luego — supieron sacar del fondo extremo de la gran novela histórica, maravillosos retales. Retales de la vida y del arte, de la forma y de la expresión, con que vestir, sin disfrazar como creen los míopes, la gentil figura de la Estética nueva. Aludo a todos, francos, germanos, italos y celtíberos.

Por otra parte, mi pleitesía y mi elogio están a su lado y son para ellos. Pero en funciones de crítico impassible, he de anotar la falta en la novela de nuestro tiempo, de la novela grande — grande en integración de todas sus dimensiones genéricas —, de las *piezas cabales*, y la existencia, en cambio, de un inmenso surtido de retales, como anuncian los comerciólogos.

(Ahora, no se por qué, me acuerdo de Frégoli, y le envío un saludo. Él fué el pre-Charlot, el pre-Cocteau.)

La tradición de la novela española es bastante pictórica. No hay para qué entretenerse en citar la multitud de ejemplos. Valle-Inclán, digámoslo en seguida, arraiga poderosamente en nuestra más añosa tradición literaria. Su manera de ver y considerar el espectáculo de la vida, es muy parecida a la del Quevedo del *Gran tacaño* y a la de Fernando Rojas. No tiene nada de semejante con el enfoque cervantesco. El espectáculo de la vida interesa principalmente a nuestros clásicos del uno de los núcleos aborígenes de nuestra literatura, el de Quevedo—el otro es el de Cervantes—, en cuanto sea fácil y susceptible, a la interpretación literaria, a las deformaciones monstruosas del dolor y de la burla. Ambos, el dolor y la burla, en sus proyecciones máximas. El dolor hasta la crueldad. La burla hasta el escarnio sangriento. Y envolviendo el conjunto vital, cierta etérea nebulosidad religiosa. El don poético de Valle-Inclán—una torva y florida emoción medieval—radica en este punto precisamente. Atmósfera sobrenatural, llena de resonancias teológicas, trascendentes, demoniacas, de tan espaciosa dimensiones líricas, que los hombres y las cosas parecen deshumanizarse para fantasmaticar a su antojo y flotar en aquella con aspaviento dramático de alma en pena o con regocijada pirueta de saltimbanqui.

Los tres matices predominantes en la obra de este escritor, son el lírico, el patético y el satírico. El tono esencialmente lírico predomina en libros del tipo de las *Sonatas*. El patético en las *Comedias bárbaras*, donde, a la vez, vibra con mayor intensidad esa resonancia medieval de que antes hablaba. Y el tono satírico, en su varia escala, en ese género recién nacido y bautizado con el nombre de «esperpentos». Los últimos libros y teatros de Valle-Inclán, pertenecen a la modalidad satírica, desde aquellos versos saturnales y jocundos de *La pipa de Kif*, hasta la guiñolesca farsa de *Los cuernos de don Friplera*. Entre estos ápices extremos se halla situada, en más compleja categoría técnica, la novela que intitula *Tirano Banderas*.

*

Profuso ambiente tropical. Una de esas repúblicas de Hispanoamérica recocidas por el sol y límpidamente abiertas a las noches de la constelación del Sur. «Santa Fe de Tierra Firme—arenales, pitas, mauglares, chumberas—, en las cartas antiguas, Punta de las Serpientes.» Sensación de torridismo odorante, de mestizaje racial y espiritual. Un presidente que es una perfecta caricatura—pero caricatura trágica, no como aquella inocente, del general Chitorredondo, de nuestra vieja zarzuela—. Una revolución que al fin triunfa y algunos grupos episódicos. Esta es la novela. Todo ambiente, cuadro, color, abigarramiento de voces y tintas, apreturas de diseños y léxicos. El lenguaje, recargado de americanismos, subraya constantemente, no sólo el diálogo parco de los individuos fingidos, sino las descripciones que objetivamente realiza el novelista. Sobre fondo tan nutrido y pintoresco, destacan su facha los espléndidos personajes. He aquí el retrato de uno de ellos, el Coronelito Domiciano de la Gándara:

«Camisa y calzones, por aberturas coincidentes, muestran el vientre rotundo y risueño de dios tibetano. En los pies, desnudos, arrastra chancletas, y se toca con jaranillo mambís que, al revirón, descubre el rojo de un pañuelo y la oreja con arete. El ojo guiñate, la mano en los trastes, platica leperón con las manflotas en cabellos y bata descotada: Era negrote, membrudo, rizado, vestido con sudada guayabera y calzones mame-lucos, sujetos por un cincho con gran broche de plata. Los torpes conceptos venustos celebra con risa satiral y vinaria. Niño Domiciano nunca estaba sin cuatro candiles, y como arrastraba su vida por bochinches y congales, era propenso a las tremolinas y escandaloso al final de las farras.»

*

El conflicto novelar es breve y a propósito despojado de los finos realces psicológicos muy entrañados. El mundo que nos muestra Valle-Inclán en *Tirano Banderas*, es un mundo de impulsos primitivos, que a los ojos de las sociedades

europas han de parecer un poco extraños, porque éstas, hace mucho tiempo que los esconde en estratos más profundos de su alma, y los deja salir con más dificultad a la superficie, que aquellas sociedades nuevas de América—algo infantiles—, de la América decimonónica que nos presenta Valle-Inclán. Las personas de la novela están contorneadas y definidas magistralmente. Aun los tipos secundarios se clavan imborrables en la imaginación del lector como verdaderos retratos de museo. Así, Lupita, Currito Mi-Alma, Aníbal Roncali, etc. Veamos cómo aparece este Aníbal Roncali, ministro de El Ecuador, en Santa Fe de Tierra Firme. «Un criollo muy cargado de electricidad, rizos prietos, ojos ardientes, figura gentil, con cierta emoción fina y endrina de sombra chinesca».

Otro panorama, que no se ha dejado en el tintero el gran D. Ramón, es el de nuestras especiales y variadísimas colonias españolas en las Repúblicas trasatlánticas. Se ve que el novelista se ha encarnizado—con enorme gracia cruel—en el apunte del natural. Pero también se observa que hay en el fondo mucha verdad. Entre un Baron de Benicarlés y un Don Celes-Galindo, han solido estar rebotando frecuentemente los intereses materiales y morales de España en América. Y la pequeña banca del empeñista Quintinito Pereda, ha solido levantar, en idéntica columna de odio y fortuna, el despectivo nombre de «gachupín» sobre el no siempre oscuro, y legítimo de «español». Valle-Inclán hace ruda disección de la vida—es decir, vivisección—en aquellos países tan repetidamente enjabonados por los profesionales del hispanoamericanismo, duchos en toda clase de arte-pecunias y de hipocresías líricas. Valle-Inclán, audazmente—con alguna exageración, convengamos en ello—, expone un punto de vista sobre América que abunda en Europa. Dudoso es que tal punto de vista satisfaga a los americanos. Pero, a mi juicio, esas verdades, aunque sean dichas crudamente, son las que necesitamos conocer en ambas orillas del Atlántico, para neutralizar, siquiera sea en parte, esa grave comedia que denominamos linda y diplomáticamente «hispanoamericanismo». La verdad de lo que pensamos y sentimos unos

y otros, y unos de otros, expuesta con claridad y sin rebozo, es la única que debe de encargarse de estrechar los famosos lazos. Y si ella—la verdad—no fuese capaz de estrecharlos, mejor es que permanezcan flojos.

*

La figura de Don Santos Banderas—«una calavera con antiparras negras y corbatín de clérigo»—viene a aumentar el copioso censo, entre humano y teatral, de la obra valleinclanesca. Una creación literaria, pareja, aunque en otro orden y con distinto empaque, de aquella lontana y señorial del *Marqués de Bradomin*. *El Tirano*, nos deja también en el recuerdo un mágico fondo de paisaje, que perenniza la figura con su decorado tropical:

«La ciudad se encendía de reflejos sobre la marina esmeralda. La brisa era fragante, plena de azahares y tamarindos. En el cielo, remoto y desierto, subían globos de verbena con cauda de luces. Santa Fe celebraba sus ferias otoñales, tradición que venía del tiempo de los virreyes españoles.» «La ciudad, pueril ajedrezado de blancas y rosadas azoteas, tenía una luminosa palpitación, acastillada en la curva del Puerto. La marina era llena de cabrilleos, y en la desolación azul, toda azul de la tarde, encendían su roja llamarada las cornetas de los cuarteles.»

*

Cúmpleme, antes de terminar esta nota, señalar el gran acierto del título de la novela *Tirano Banderas*. Título sobrio, decidido, pleno de carácter, de caracterización y de sugerencias. Casi siempre acertó Valle-Inclán en sus rotulaciones literarias. *Lámpara maravillosa*, *Farsa y licencia de la Reina Castiza*, *Cartel de Feria...*—ANTONIO ESPINA.